

Las víctimas encaran la disolución reivindicando su dolor y la idea central de que la violencia fue en balde

## 854 muertos y miles de heridos

MÓNICA CEBERIO BELAZA, Madrid A Francesc Manzaneres hablar de ETA y su disolución le sigue removiendo emocionalmente. No es para menos. El 19 de junio de 1987 su hermana Mercè, de 30 años, había acompañado a comprar un bañador a los hijos de su otra hermana, Núria. Los pequeños, Silvia y Jordi, tenían solo 12 y 9 años. Los tres murieron asfixiados en el atentado de Hipercor, en Barcelona, y forman parte de las más de 300 víctimas civiles que ha dejado ETA a lo largo de su historia. Él, tres décadas después, aún llora cuando habla de los pequeños y del sufrimiento eterno de su hermana y su cuñado. "Me parece muy bien que se cierren heridas", dice. "Pero aún queda mucho por hacer. Los problemas de las víctimas continúan".

Al guardia civil Javier López se le quebró la vida con tan solo 21 años. En 1978 estaba destinado en el servicio de información de Basauri (Bizkaia) y vivía con su mujer y su hijo recién nacido en la casa cuartel de Galdakao. Tras un asalto de ETA al edificio, que duró 25 minutos, tres balas acabaron en su hígado, en uno de sus riñones y en su columna vertebral. Pasó dos años en silla de ruedas y tuvo que dejar el cuerpo. Es uno de los miles de miembros de las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado heridos por ETA. Cree que la disolución "no cambia nada de nada". "Es una farsa, solo un lavado de imagen para una banda que ha sido derrotada policial, judicial y socialmente", opina. "No veo ninguna diferencia con la situación de hace dos semanas. Si a alguna víctima le tranquiliza saber que no van a volver a actuar, eso es positivo. Pero ni entregan las armas ni van a colaborar con la justicia".

Montxo Doral era *ertzaina*, vasco e independentista. Su mujer, Cristina Sagarzazu, también. No dejó de serlo después de que ETA matara a su marido el 4 de marzo de 1996. "Solo faltaba que esta gente cambiara mis ideales", de-



Alfonso Sánchez, presidente de la AVT, ayer. / JULY MARTIN

Durante los años ochenta y noventa, hasta celebrar un funeral era difícil

El asesinato de Miguel Ángel Blanco supuso un antes y un después

fiende ella, 22 años después de convertirse en víctima del terrorismo. "Pero mis ideas no son compatibles con la violencia. Mi lucha no es la suya. El comunicado en el que ETA se disuelve aún tengo que digerirlo. Me cuesta hablar en caliente. Está bien que lo dejen, claro, pero han causado mucho sufrimiento, mucho, y por nada. Por suerte creo que la gente ya no les cree, que la sociedad sabe que la violencia ha sido en balde". Sagarzazu, de 62 años, quedó viuda demasiado pronto, con tres hijos a los que criar. Vive en Hondarribia (Gipuzkoa).

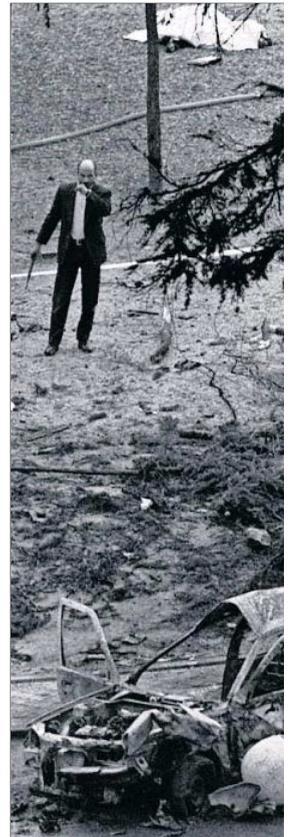
Fernando Garrido tiene 59 años, vive en Jaca (Huesca) y prefiere no hacer mucho caso a las

noticias sobre ETA, incluyendo al comunicado en el que anuncian su disolución. "Trato de verlo fríamente", dice. "Para mí lo más importante fue cuando dejaron de matar. Eso cambió todo. A partir de ahí, supongo que vivir fuera de Euskadi me hace ver el problema con más lejanía". El 25 de octubre de 1986 ETA asesinó en San Sebastián a su padre, el gobernador militar de Gipuzkoa Rafael Garrido, a su madre, Daniela Velasco, y a Daniel, su hermano de 21 años, colocando una bomba sobre el coche oficial del militar.

Estos son solo algunos testimonios, algunas historias, de víctimas que de una u otra manera han visto su vida truncada o gravemente alterada por la banda terrorista, que a lo largo de sus 50 años de existencia ha dejado un atroz balance: 854 personas asesinadas (853 según los datos del Ministerio del Interior más el policía Jean-Serge Nérin, asesinado en Francia el 10 de marzo de 2010) y varios miles de heridos.

De los muertos, en torno a 500 eran miembros de las Fuerzas Armadas o de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado (fundamentalmente, y por este orden, guardias civiles, policías nacionales y militares). El resto, políticos, periodistas, jueces, empresarios, gente que pasaba por allí... El cómputo global incluye los asesinatos de los Comandos Autónomos Anticapitalistas y otros casos que el Gobierno considera del entorno de la banda aunque no sean estrictamente víctimas de ETA.

Algunos casos son claros, víctimas que murieron por heridas provocadas en un atentado. Otros —los menos— son más indirectos. Como el de un hombre que murió atropellado mientras participaba en las tareas de rescate tras el atentado a la casa cuartel de Vic (Barcelona), en 1991. O como Ambrosio Fernández Reicio, que dormía en su casa de Mondragón (Gipuzkoa) cuando unos jóvenes lanzaron unas bombas incendiarias contra un banco



Estragos causados en la calle Peña Prieta de Madrid por el atentado con bomba de ETA que causó seis muertos el 11 de diciembre de 1995. / U.M.

que había en la planta baja de su edificio el 6 de enero de 2007. El señor fue desalojado, inhaló mucho humo, salió al frío de la calle y falleció en el hospital dos meses más tarde. Fue considerado víctima del terrorismo.

Las estadísticas de víctimas mortales van mostrando los cambios estratégicos en la historia criminal de ETA. Antes de la muerte de Franco, entre 1968 y 1975, ETA mató a 44 personas (solo el 5% del

## Cifras para una historia de horror

ETA cierra derrotada una historia de infamia de casi 59 años, desde su fundación en julio de 1959, que deja datos como estos:

No está del todo indubitado el número de asesinatos de ETA y sus grupos afines como los Comandos Autónomos: 955, según la Asociación de Víctimas del Terrorismo (AVT); 867, según un informe del Ararteko (Defensor del Pueblo vasco); 864, para la oficina de asistencia a las víctimas de la Audiencia Nacional; 858 para el Centro Memorial de las Víctimas del Terrorismo; 857 para la Fundación de Víctimas del Terrorismo; 853 es la cifra oficial de Interior (854 con el gendarme Nérin); 845

para el Instituto de Historia Social Valentín de Foronda, de la Universidad del País Vasco (UPV); 837 para el Gobierno vasco. Las discrepancias radican en la atribución o no a la banda de determinados crímenes. De ellos, 802 se registraron tras morir Franco. En 1980, el año más sangriento, ETA cometió 92 asesinatos, uno cada cuatro días.

El primer asesinato sin duda de ETA fue el del guardia civil José Antonio Pardines el 7 de junio de 1968 en Billabona (Gipuzkoa). Y el último, el 16 de marzo de 2010, cuando por primera vez asesinó a un gendarme, Jean-Serge Nérin, en un tiroteo (sería el fallecido 854º

del recuento oficial). El último crimen en España se perpetró en Calviá (Mallorca) el 30 de julio de 2009: una bomba mató a los guardias civiles Carlos Sáenz de Tejada y Diego Salvá.

El documento del Ararteko, de junio de 2009, cifraba los heridos en unos 16.000. Unas 42.000 personas estaban entonces amenazadas, 3.421 víctimas han sido indemnizadas, incluyendo las de la *kate borroka*. Las indemnizaciones superan los 395,6 millones, según dicho estudio de la UPV.

Los atentados son unos 3.600, según datos del Gobierno vasco de 2013. El más grave fue el de

Hipercor en Barcelona el 19 de junio de 1987, con 21 muertos y 45 heridos. Las acciones de *kate borroka* superan las 4.500.

La fiscalía de la Audiencia Nacional apuntó en 2011 que hay 349 asesinatos sin autor conocido por resolución judicial cometidos entre 1978 y 2009, relacionados con 271 causas judiciales. La cifra se mantiene. Casi la mitad han prescrito o se han sobreescribido. Con datos de esa fiscalía, el Observatorio contra la Impunidad presentó dicho año un informe que dejaba el número en 314.

Entre 1970 y 1997, ETA cometió 86 secuestros que le reportaron 38,5 millones en rescates, según los profesores Francisco Llera y Rafael Leonisio. La motivación de los dos más conocidos (el

más largo, el de José Antonio Ortega Lara; el más dramático, el de Miguel Ángel Blanco) fue el simple chantaje político. Unas 10.000 personas sufrieron la extorsión del impuesto revolucionario, aunque solo existen datos fiables desde 1993.

El análisis más riguroso del impacto del terrorismo en la economía vasca fue realizado en 2003 por los profesores Alberto Abadie y Javier Gartzabal: tras estallar la violencia, el PIB per cápita de Euskadi cayó casi 10 puntos porcentuales respecto a una región sintética de control sin terrorismo.

ETA ha tenido unos 3.800 militantes. Desde 1961, ha sumado unos 3.300 presos. En la actualidad quedan 297. / JAVIER RIVAS

## EL FIN DE ETA



total de su historial de asesinatos). Poco después, y tras dos años relativamente similares en número de víctimas mortales (18 en 1976 y 12 en 1977), en 1978 —el año en el que se aprueba la Constitución— el número de asesinatos se multiplicó brutalmente: 65 en 1978, 77 en 1979 y 95 en 1980 (el año con mayor número de muertos). En tan solo tres años perdieron la vida 237 personas.

Las víctimas, además, se sentían muy solas. Una de las fundadoras de la Asociación de Víctimas del Terrorismo (AVT), la fallecida Ana María Vidal Abarca, recordaba en este diario tras el cese de la violencia en 2011 la dificultad incluso de celebrar un fune-

**Ejecutó el 95% de sus asesinatos tras la recuperación de la democracia**

**Los hijos de agentes tenían que mentir sobre el trabajo de sus padres**

ral. Y no solo en el País Vasco; también en Madrid. Su marido, policía foral de Álava, el comandante Jesús Velasco, murió asesinado el 10 de enero de 1980. "Nadie nos hacía caso", señalaba. "Yo, junto a Sonsolés Álvarez de Toledo e Isabel O'Shea, fundé la asociación para que las víctimas no se sintieran solas. Había muchas chicas jovencísimas con niños pequeños que se habían tenido que volver del País Vasco a su pueblo, a pueblos recónditos de toda España, y que casi tenían que ocultar que eran víctimas del terrorismo". Salían de Euskadi de manera clandestina y no tenían derecho a pedir ni un psicólogo.

El ex guardia civil Javier Ló-

pez, hoy vicepresidente de la asociación de víctimas de las fuerzas y cuerpos de seguridad, recuerda exactamente lo mismo. "En el País Vasco estábamos solos y marginados. Nuestras familias tenían que ocultar dónde trabajábamos. Nuestras mujeres temían que reconocieran su acento en las tiendas porque entonces tenían que dar explicaciones. Nuestros hijos, en las escuelas, tenían que decir que su padre trabajaba en alguna gran empresa, como Telefónica, y que por eso vivíamos allí. Después, cuando sufrías un atentado, para la sociedad española tampoco existías. Si para tu entorno más próximo, pero el resto de la gente daba la espalda al terroris-

mo. Solo tras las grandes masacres, como el atentado de Hiperco o el de la casa cuartel de Zaragoza, y cuando ETA empezó a matar a personas con relevancia social y política, la sociedad cambió. El secuestro y asesinato de Miguel Ángel Blanco, por supuesto, supuso un antes y un después".

### Asociaciones

La muerte del concejal del PP de Ermua (Bizkaia), de 29 años, en agosto de 1997, logró el reconocimiento social definitivo de la brutalidad del terrorismo. Surgieron más asociaciones de víctimas —ahora casi cada comunidad tiene una— y numerosas fundaciones en memoria de personas asesinadas, como Fernando Buesa o Gregorio Ordóñez. En 1999, se aprobó la Ley de Solidaridad con las Víctimas del Terrorismo y en 2011, la Ley de Víctimas del Terrorismo, que garantizaban ayudas hasta entonces impensables o complicadas. Los afectados, de todas formas, siguen quejándose de la inmensa burocracia y las luchas que muchas veces tienen que mantener aún hoy para que les reconozcan sus derechos.

Alfonso Sánchez Rodrigo, guardia civil, actual presidente de la AVT y víctima del atentado de República Argentina (Madrid) en 1985, habla sin pudor del miedo. En 1988, fue destinado a Eibar (Gipuzkoa). "Dormías con la pistola cerca de la cama y apretabas el culo cada vez que pasabas por un túnel por si había una emboscada". Ahora tiene 52 años. "ETA ha causado mucho dolor, destrozado familias enteras. Lo de ahora es el principio del fin, pero queda mucho por hacer. Quedan las víctimas, el perdón, los más de 300 atentados sin esclarecer... Yo lo único que quiero es que esto no se repita, que nos llevemos los fantasmas a la tumba y no dejemos nada de esto a las nuevas generaciones. Solo el relato de lo ocurrido, para que no vuelva a pasar".

El día en el que Sánchez Rodrigo sufrió su atentado, el 9 de septiembre de 1985, cuando esperaba medio desnudo en una sala de urgencias con otros compañeros heridos a que llegaran los médicos, un hombre amable entró en la sala para interesarse por su salud. Era Ernest Lluch, ministro de Sanidad. Quince años después, y ya retirado de la vida política, el mismo fue asesinado por ETA.

### OPINIÓN

## Los olvidados

AURORA INTXAUSTI  
 Iñigo, mi hijo, supo que ETA decidió matarlo hace seis años. Se lo contamos su padre y yo en una cena. Esa noche hablamos de libertad, democracia y terrorismo. Lo hicimos tranquilamente; ya había pasado el tiempo suficiente desde que un comando terrorista pusiese una bomba en la puerta de nuestra casa. ETA había decidido socializar el sufrimiento, así lo dejó dicho en uno de sus escritos, y en su diana estaba la prensa. Podía haber ido contra Juan y contra mí, pero optó por la familia entera —nuestro niño tenía 18 meses— por la repercusión internacional.

En el camino he ido dejando todos los efectos psicológicos que sufren muchas

víctimas, he ido sorteando situaciones nada fáciles. Un recorrido en el que te encuentras en la consulta del psiquiatra a personas que no se explican por qué ellas han sobrevivido cuando sus compañeros fallecieron por esa bomba destinada a todos, mujeres viudas que después de 20 años del asesinato de su marido se consideran responsables de su muerte por haberle contado al carnicero que era militar.

Este día lo había soñado, imaginado, inventado muchas veces a lo largo de los años. Es un momento agri dulce porque casi sin darme cuenta van llegando a mi memoria los cientos de atentados de los que he tenido que informar. El anciano que quedó en el paso de peatones con un

disparo en la cabeza cuando se disponía a jugar su partida de cartas. El gobernador militar y su familia que quedaron hechos añicos al colocar un comando una bomba sobre el coche en el que viajaban, el diseñador gráfico que se quedó sin brazos por abrir un paquete bomba... El vendedor de bicicletas al que un desalmado asesino porque se le cruzó en el camino, el muchacho que trapicheaba con unas papelinas, el chófer de un empresario, los cientos de jóvenes guardias civiles destinados en el País Vasco cuyas madres llegaban de los pueblos de España enlutadas y con unas zapatillas recién estrenadas de paño para recoger el cadáver de su muchacho... Tiempos de gran

tristeza porque una sociedad, la vasca, vivía sin querer saber qué les ocurría a sus vecinos y buscaba explicaciones a cualquier atentado, y por unos partidos, los nacionalistas, cegados hasta que ETA decidió incluirlos en sus listas.

Tengo claro que nuestra democracia, después de tantos años de terrorismo, ha salido reforzada. Que los terroristas no han conseguido nada de lo que pretendían cuando hace casi 60 años optaron por emprender una batalla contra todos aquellos no afines a sus teorías, porque en eso ha quedado por lo que decían luchar. Que pese al dolor que han provocado no han conseguido doblegarlos. Su final ha sido agónico, pero por fin hay final. La generación de Iñigo —hoy tiene 18 años— será la primera que participe en unas elecciones sin la sombra de ETA desde que se instauró la democracia. Queda construir el relato de lo que ocurrió durante los años de barbarie terrorista y esa es una tarea de todos.